

Capítulo XXVIII.

Muerte de Guacanajari.

Para tener una idea del hondo pesar que experimentaba Guacanajari, es necesario volver la vista á aquellos tiempos en que los judíos lloraban sobre las ruinas de Jerusalem.

Aún no hacia dos años que reinaba la alegría en su corazón.

Do quiera que tendia sus ojos, no hallaba más que horizontes risueños.

Las verdes selvas pobladas de pintados pájaros, los cristalinos arroyos, el trasparente azul del cielo, las brillantes estrellas que se agitaban en aquel firmamento tropical, recreaban su ánimo y embellecían los días de su vida.

El ángel de la paz protegía con sus alas aquella fértil tierra.

Rey de los reyes, desde los soberanos hasta los más humildes indios le amaban y le respetaban.

Desde que el valiente Caonabo había llegado de Cibugueira y había unido su mano á la de Anacaona, los caciques, temerosos de su bravura, habían puesto término á sus expediciones, paseaban por la costa sin atreverse á mirar á las plazas, y caían sobre otros caciques donde no había guerreros formidables que se opusieran á su rapacidad.

En su palacio de Marien, al lado de su amada Ainaicua, oyendo cantar á las vírgenes los armoniosos arcos, regalando su paladar con el xauxau (P), la sabrosa carne del caris, apagando su sed con el agradable fruto del majagua, nada alteraba su tranquilidad.

Sus vasallos trabajaban poco, porque sus necesidades eran escasas.

Horas enteras pasaban en las hamacas, suspendidas de los troncos, bajo la apacible sombra del follaje de los árboles entrelazados.

Nada necesitaban.

Su patria era un verdadero paraíso.

Pero en breve tiempo aquel país se había convertido en un verdadero infierno.

Las pasiones se habían despertado en el pecho de Guacanajari.

Ainaicua había sucumbido al dolor de su desden y de la envidia.

Fascinado por los extranjeros, les había dado franca entrada en su territorio, les había permitido

establecerse en él, y habia jurado defenderlos de los demás habitantes de la isla.

Aunque se habian hecho acreedores al castigo, al cumplir su palabra habia dado el terrible espectáculo de una lucha civil.

Una nueva pasion habia aumentado la zozobra de su espíritu.

Seducido por Flor de Palma, habia aceptado la paz de Caonabo y se habia unido con él.

Más tarde, su debilidad de carácter le habia impulsado á romper aquel lazo que le volvia al lado de los españoles.

Seguro de que esta conducta le alcanzaria su proteccion en la terrible batalla que habia dado Caonabo á las huestes reunidas de los caciques, habia sido espectador de la horrorosa hecatombe que habia precedido á la esclavitud de todos los habitantes de la isla.

Desde entonces ni un instante de sosiego, ni un momento de calma.

El remordimiento laceraba su corazon.

Las ruinas que veia en todas partes, la tristeza que encontraba en el cielo, aumentaban su afliccion.

Consternados todos sus vasallos, se refugió en Marien.

En medio de sus desdichas, abrigaba la esperanza de que los españoles no le impondrian el ominoso tributo que pagaban los indios.

Y sin embargo, desde el primer momento los consejeros de Colon indicaron al almirante que Guacanjari debia satisfacer el impuesto como los demás.

Desoyó Colon estas indicaciones.

Era su amigo, era su aliado; sufría mucho, y no queria aumentar su desventura.

Pero ocurrió la conjuracion de Guarionex.

Los indios que quedaban en la Vega huyeron des-pavoridos á refugiarse en las montañas.

Arrasaron los campos y dejaron de pagar el tributo.

Las provisiones europeas no bastaban á satisfacer las necesidades de los españoles.

En situacion tan desesperada, y hallándose Colon en el Cibao, mandó Bartolomé llamar á Guacanjari para manifestarle que, á pesar suyo, se veía obligado á imponerle, del mismo modo que á sus vasallos, el pago del tributo.

Guacanjari acudió inmediatamente al llamamiento del adelantado.

Cuando supo su resolucion, no pudo contener las lágrimas que abrasaban sus ojos.

¿Era aquel el pago de sus sacrificios?

Jamás hubiera presumido ser víctima de tan negra ingratitud.

No queriendo convencerse de que Colon hubiera dado aquellas órdenes, resolvió buscarle para hacerle presente la imposibilidad en que estaba de recoger oro, por no haberlo en sus dominios, y porque los otros indios, enemigos encarnizados de él y de los suyos, no le dejarían ir á buscar aquel metal que tantos sinsabores le causaba.

Partió de la Isabela con algunos de sus servidores con ánimo resuelto de buscar á Colon.

Aquel viaje fué un horrible martirio para su alma. Los otros indios huían al verle, despues de maldecirle.

Se negaban á darle hospitalidad.

Despues de una larga y dolorosa peregrinacion, llegó el infortunado soberano de Haiti á encontrarse en presencia del almirante.

—Yo he sido tu amigo siempre,—le dijo;—te he abierto mis brazos y te he ofrecido mis tesoros; he luchado contra mis hermanos por tí, he apurado el cáliz de la amargura, contemplando á tu lado la destruccion de mi raza; mi corazon está herido de muerte, ya no soy yo quien reina en mis dominios: es la tristeza, es el dolor.

Apíadate de mí: no me impongas ese fiero tributo que va á acelerar mi muerte, que va á hacer á mis vasallos los más desgraciados de la isla, porque á la vergüenza de la esclavitud tendrán que unir el odio y la execracion de sus hermanos.

Hay momentos en la vida del hombre en que por generoso, por sensible que sea, no tiene más remedio que dominar sus sentimientos y obedecer la ineludible ley de la necesidad.

El tributo de Guacanajari y de los reyes era de todo punto indispensable para Colon.

El queria enviar continuamente navíos cargados de oro á España.

Así es que por más que se lamentase de las desgracias de Guacanajari, no tuvo más remedio que desoir sus ruegos.

—Este es un nuevo sacrificio que espero de tu amistad,—le dijo.

Guacanajari volvió desconsolado á Marien.

Sus dias estaban contados.

Durante tres meses, él y los suyos hicieron los mayores esfuerzos para reunir el oro que debían entregar en la Isabela.

Todos en peregrinacion fueron al terminarse aquel plazo á entregar su tributo.

La ominosa medalla de bronce fué colgada á su cuello.

El mismo Guacanajari, conteniendo las lágrimas que quemaban sus ojos, se adelantó hácia Bartolomé, y doblando en tierra la rodilla, presentó su cuello, en el que colocó el adelantado aquel padron de ignominia.

—Esta es la última vez,—dijo Guacanajari con melancólico acento,—que te verán mis ojos.

La muerte ha tocado á mi frente con su dedo. La raza de los reyes de Haiti vá á extinguirse conmigo.

Adios para siempre.

Y con el rostro hundido en su pecho, se adelantó silenciosamente delante de sus pobres vasallos.

Todos volvieron á Marien.

—Hoy es mi último dia,—exclamo Guacanajari, dejándose caer sobre la régia hamaca.—Voy á sufrir el castigo que merece mi debilidad. Butios, preparaos á separar la cabeza de mi cuerpo; cabad la fosa en donde reposarán siglos y siglos mis cenizas; el

nuevo sol de mañana trazará sobre la losa que cubre el cadáver un terrible epitafio.

Los butios rodearon la hamaca.

Los indios cayeron de rodillas.

La agonía de Guacanajari terminó.

Al día siguiente el primer rayo de sol iluminó un cadáver.

Los indios de Marien sufrieron más que sus hermanos.

La paz y la alegría habían huido para siempre de sus corazones.

Capítulo XXIX.

La maledicencia.

Mientras esta dolorosa tragedia tenía lugar en aquella comarca, condenada desde entonces á una perpetua lucha, los enemigos de Colon trabajaban sin descanso en España para eclipsar su gloria, para emponzoñar el resto de su vida, para desprestigiarle á los ojos del mundo, que admiraba su gran descubrimiento.

Aguado estaba ya completamente de acuerdo con Fonseca.

El terrible enemigo de Colon habia adoptado una táctica que podia conducirle muy fácilmente al logro de sus deseos.

Aguado habia sido recomendado eficazmente á los reyes por Cristóbal Colon.

En su primera entrevista con los reyes habia

confirmado el contenido de las cartas del almirante, y se había mostrado muy adicto á su persona.

Era verdad que se había malquistado con Diego Colon; pero la causa de su desavenencia era disculpable.

La belleza de Inés justificaba los deseos que había tenido de unirse con ella.

Las demás personas á quienes preparaban al efecto los emisarios de Fonseca, podían llegar á hacer creer dos cosas: que Aguado estimaba á Colon, y que Fonseca no era hostil al almirante, puesto que protegía á uno de sus más predilectos amigos.

De esta manera nada más fácil que lograr algun dia, cuando creciera el huracan que se desencadenaba contra Colon, que enviasen los reyes á Aguado á la colonia para investigar lo que pasaba en ella, y entonces era cuando podia serle útil su complicidad con el protegido del gran marino.

Volvió en efecto, Aguado á Valladolid, procuró á toda costa celebrar una entrevista con Diego Colon para excusarse á sus ojos de los motivos que le habían obligado á acercarse á Inés, y ofreciéndole un firme propósito de encomienda, no tardó en alcanzar su perdon.

—Deseo,—le dijo,—que seamos amigos, porque me consta que vuestro padre tiene muchos adversarios, que no falta quien intente oscurecer su gloria, y conviene que los que le conocemos á fondo, que los que admiramos su poderoso genio, estemos pre-

venidos para defenderle de las acusaciones que se formulen contra él.

Mientras tanto, los colonos que habían llegado con Aguado y Gorbalan revelaban en todas partes lo estéril de la expedicion, las privaciones y enfermedades que habían sufrido, la triste situacion en que se hallaban los españoles que estaban con Colon, y estos rumores se extendían por todo el reino, y obligaban á las familias de los que había en la colonia á emplear toda su influencia para que llegasen á oídos de los reyes los padecimientos de sus deudos, y dictasen órdenes á fin de sacarles de aquella triste situacion.

A pesar de esto, como recordarán nuestros lectores, enviaron los reyes á Antonio de Torres con cuatro buques llenos de viveres y cartas muy satisfactorias para el almirante.

Fonseca esperaba con ansia á Américo Vespucio, porque su testimonio podria dar mayores garantías que los de los demás colonos.

Américo llegó á Búrgos con su hija.

El obispo le recibió y oyó de sus labios una completa revelacion de lo que le pasaba.

—He arrebatado á mi hija la fortuna,—le dijo,—no tengo más remedio que devolvérsela, y estoy dispuesto á todo con tal de que pueda labrar su porvenir. Desde este momento soy vuestro esclavo.

Fonseca le dió nuevos recursos para que pudiera confiar su hija á alguna familia pobre que cuidase de ella, y le envió á Valladolid, trazándole el programa

de las personas cuyas relaciones debía buscar, para hablarles de Colon y sus descubrimientos en el sentido que convenia á sus planes.

Américo no quiso desprenderse de su hija.

La llevó en su compañía á Valladolid, y hospedándose en casa de una mujer pobre que vivia sola, la puso á su cuidado, y comenzó á ir poco á poco propagando la calumnia, que todos oian de sus labios con regocijo, porque minaba una reputacion que era objeto de todas las envidias.

Aún no hacia el mes que estaba en Valladolid, cuando circuló en la córte la noticia de la llegada á España de un buque que volvia de América con el padre Boil, Pedro Margarite y algunos otros colonos.

Desde el momento en que se supo, fueron aguardadas con ánsia aquellas personas, y como desembarcaron en Sevilla, Soria, que ya estaba prevenido por Fonseca, celebró una conferencia con ellos, acogió con entusiasmo las calumnias que propalaron contra Colon, dió cuenta de ellas á Fonseca, y éste, trasladándose á Valladolid antes de que llegasen los conjurados, se presentó á los reyes.

Conociendo que le era mucho más fácil despertar sospechas en el rey don Fernando so pretexto de no desagradar á la reina, celebró su primera entrevista con el monarca.

—¿Vuestra majestad,—le dijo,—tiene sin duda noticias de la llegada á España de un buque de las Indias?

—Lo sé, en efecto.

—El contador Soria ha conversado con los que han llegado en él, y ha sabido que han hecho su viaje sin el consentimiento de Colon.

—¿Y cómo se han atrevido á cometer semejante desacato?

—Yo no puedo creer lo que dicen, pues aunque es cierto que desde la llegada de las carabelas que trajeron las últimas cartas del almirante circulan en el reino rumores poco favorables para él, no es posible pensar que un hombre de tan nobles virtudes, de cualidades tan relevantes, oculte á los soberanos que le han concedido lo que á nadie, que le han elevado al pináculo de la gloria, los desastres de que hablan los que han estado allí. Pero los que acaban de llegar, y entre ellos viene el respetable padre Boil, manifiestan que han tomado la determinacion violenta de abandonar la colonia sin el consentimiento del almirante, porque su conciencia no les permitia permanecer allí viendo lo que pasaba.

—¿El padre Boil dice eso?

—Y lo confirma don Pedro Margarite.

—Mucho me extraña que Margarite y el padre Boil obren de esa manera. Sobre todo, el primero ha merecido en todo tiempo á Colon las mayores atenciones, y en sus cartas nos ha hablado de él con elogio; deben ser muy poderosas las razones que ha tenido para faltar á su deber, porque hasta ahora su comportamiento no puede hacernos suponer en él infamia alguna.

—Yo, por mi parte,—dijo Fonseca,—no doy crédito á sus versiones. Tal vez el amor propio herido... Pero de todos modos, me parece que vuestra majestad debe recibir á los viajeros.

El rey manifestó que deseaba verlos, y Fonseca envió inmediatamente órdenes á Sevilla para que se trasladaran á Valladolid.

El rey comunicó á la reina las noticias que le habia dado Fonseca.

Tampoco la egregia Isabel pudo dar crédito á las noticias que llegaban de la colonia.

Sin embargo, Margarite y el padre Boil merecian toda su confianza, el primero por habersele recomendado muy eficazmente Colon, y el segundo porque tenia de sus virtudes y de su talento la mejor opinion.

Los soberanos desearon con ansia oír á los recién llegados.

Aguado, aleccionado por el obispo Fonseca, se apresuró á ir á palacio, y manifestó á los reyes que tambien habian llegado á su noticia aquellos rumores; pero que desde luego los consideraba una calumnia.

Todo esto se comentó en la ciudad, y por de pronto se pusieron en duda por algunos las cualidades y hasta la lealtad del almirante.

El padre Boil, Margarite, Bernal Diaz de Pisa, Alonso Velez de Guzman y los demás que habian regresado con ellos á Valladolid, fueron inmediatamente llamados á palacio.

Capitulo XXX.

Los calumniadores.

Recibidos por los reyes, se presentaron muy humildes, y el padre Boil, como el más autorizado, hizo uso de la palabra.

—Hemos cometido un acto de rebeldía,—dijo;—pero hemos cumplido un deber de conciencia; y como estamos seguros de haber obrado bien, nos presentamos á vuestras majestades para que se dignen mandar abrir una informacion sobre las acusaciones que nos creemos en el caso de fulminar contra el almirante. Mientras tanto, nos entregamos al tribunal que tenga á bien juzgarnos para sufrir el castigo que nosotros merecemos.

Este lenguaje en boca del jefe de los misioneros que habian ido á las Indias, de un eclesiástico cuyas